

Sola

Llego empapada, intercambio la gabardina que chorrea por mi vieja e inmensa chaqueta gris. Por supuesto, Hugo no está. Ni me molesto en mirar el móvil que me echo distraídamente al bolsillo; adivino que tendré un mensaje hablando de una cena imprevista con clientes o de que ha quedado con sus amigotes. Esté tomando vino caro o cerveza a raudales, aquí estoy yo, sola, en una casa demasiado grande.

Intentamos construir un hogar con cuatro paredes, pero se quedó únicamente en dos.

En aquellos días, estrenaba mi chaqueta, amorosa, con esa calidez que da la lana. Tenía ese gris intenso que demostraba que no había conocido lavadora alguna y que pronto se adornó con un par de gotas de pintura verde... Estrenábamos hogar y estrenaba chaqueta y las tardes frías de ese invierno, decorábamos aquella estancia que nunca llegamos a utilizar. Verde, verde esperanza porque estábamos esperando lo que nunca vino.

Eran los días en los que no cogía la chaqueta del perchero nada más llegar. Hugo me esperaba para desnudarme y hacerme el amor salvajemente... Luego sí, me ponía la chaqueta, sin nada debajo, apenas me cubría las nalgas; y cenábamos y hablábamos, y nos reíamos y volvíamos a hacer el amor... Fueron tiempos felices, esperando y amándonos y la chaqueta gris poco a poco fue adoptando mi forma... cada vez la sentía más familiar, con esa suavidad de la lana ya lavada y ese gris que se iba atenuando.

Recuerdo perfectamente el día que se cayó el primer botón.

Me la cruzo en el pecho y descuidadamente juego con una de las múltiples hebras deshilachadas. Intento que me proteja del frío y del vacío; sin embargo, su tacto me hace evocar: el primer botón que recosí nos puso en estado de alerta... Ya había pasado año y medio y no habíamos tenido éxito; con el primer siete, decidimos contactar con los médicos... las coderas se adelantaron de tanto llorar sobre la mesa de la cocina, escondiéndome de Hugo... las coderas negras, como las ojeras que empezaron a sombrear mis ojos. Ya no me desnudaba nada más llegar a casa, me limitaba a ponerme la

chaqueta cada vez más vieja, el gris se confundía con mis primeras canas y Hugo empezó a llegar tarde... Me dejó sola, con la casa demasiado grande, con la chaqueta gris inmensa que tenía el olor de los dos, con una habitación pintada de verde cuya puerta no volvimos a abrir. Dejamos de hablar, dejamos de mirarnos, solamente nos pusimos de acuerdo en no saber quién era el culpable... nos amábamos demasiado para ver reflejado en los ojos del otro el error.

Estoy aquí ahora, arrellanada en el sofá. Me encojo y la chaqueta deformada me cubre las rodillas. Soy como un gran gato viejo gris. Me quedaré aquí hasta que Hugo llegue y ronronearé cuando me despierte con un suave gesto que yo confundiré con una caricia.

Una gota me hace salir del trance... y otra y otra... el techo vuelve a devolverme a la realidad... mientras saco el móvil del bolsillo, veo una gran mancha en la chaqueta. No la volveré a lavar. Está tan vieja y desgastada que no merece más cuidados...

Tengo ganas de decirle que qué coño le pasa; que sufrir, sufrimos los dos, que un hogar con dos paredes aún está por construir, pero si una de ellas se resquebraja, se vendrá abajo... Pedazo de cabrón ¿cómo has permitido que salieran estas grietas? ¿Por qué me dejaste tan sola cuando descubrimos que estaríamos tan solos los dos? ¿No te bastaba yo? ¿Tan pronto te cansaste de verme arrastrar los pies como un fantasma gris?

En lugar de escribirle todo eso, tecleo rápidamente "¿Te has acordado de llamar al del tejado?"

Me quito la chaqueta y la meto en la lavadora. Huele a él; huele a mí. Es nuestra chaqueta, nuestros rotos y descosidos, nuestras caricias y complicidades... y el gris es cada vez más bonito, tiene ese tono de usado, de vivido, de nosotros.